

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

INDICACIONES

Una despedida

En un libro en que sólo figuran cuatrocientos ocho españoles extraordinarios; en un librito que lleva el título de *Lista de los señores diputados*, en la página 42 se lee: «Maciá y Llusá (don Francisco). Borjas (Lérida). Príncipe, 19». Ya en las ediciones sucesivas de esta obrilla no figurará tal indicación. En la tarde del 25 de noviembre, la Cámara popular española, en los primeros momentos de la noche, cuando fuera las sombras avanzaban, estaba un poco desanimada. Acababan de ser encendidas las luces. El señor Maciá discursaba en su escaño. Los diputados escuchábamos al orador y de cuando en cuando echábamos una mirada por las tribunas. Había ido entrando gente en el salón. De pronto oímos que el señor Maciá se despedía de nosotros. ¿El señor Maciá se despedía? ¿Dónde se marchaba el señor Maciá? Redoblamos nuestra atención. Se hizo un profundo silencio en la Cámara. El señor Maciá se despedía, sí, pero no era para marcharse a su distrito; se despedía para marcharse definitivamente de entre nosotros. Se produjo en el auditorio un movimiento de sorpresa y de contrariedad. Varios oradores rogaron al señor Maciá que se quedase. El señor Maciá, con voz tomada de la emoción contestó: «Cuando yo adopto una resolución, lo hago después de pensar maduramente. Esto acontece con mi renuncia del acta de diputado. Lo siento; mi decisión es irrevocable». El presidente de la Cámara tocó la campanilla y se pasó a otro asunto.

¿Por qué se marcha el señor Maciá del Parlamento? En España no se hace nada; la situación de las cosas es cada día más grave; a los males inveterados, se van añadiendo nuevos achaques. No hicimos nada para salvarnos después de 1898; no hacemos tampoco nada ahora. En Europa se ventilan los más terribles y graves problemas para la humanidad. La formidable guerra presente, ha removido hasta lo más hondo los cimientos de las naciones; no es sólo el dominio político, y la industria, y el comercio, y la colonización, por lo que se lucha. Están en cuestión elementos y factores espirituales de orden delicadísimo; a la par de los ejércitos en las campañas, pensadores, sabios, políticos, publicistas, debaten sobre los más diversos problemas de los métodos políticos, de la enseñanza, de las influencias espirituales de unos pueblos sobre otros, de la originalidad de las literaturas, de la eficacia ó ineficacia del parlamentarismo, de la virtualidad ó esterilidad de los viejos tópicos liberales.

Todo se conmueve en el mundo: todo, desde la operación mecánica del comerciante hasta la sutil especulación del filósofo. Y cuando todo en el mundo—y singularmente en Europa—se halla en perpetua efervescencia, alterado, trocado y removido; cuando todo vive con un intensísimo espasmo en que lo viejo se resiste á perecer y lo nuevo pugna por levantarse, España, nuestra España, la amada, la dolorosa España, sigue su marcha imperturbable. Se diría que los españoles, seres beatíficos, sin realidad corporal, viven en otro planeta.

No hubo redención en España después de 1898, ni la hay ahora. En dos frases se puede resumir la situación de nuestro país. Una es: *No se hace nada*. La otra: *Se puede hacer todo*. No se hace nada en España, y sin embargo, cada vez es mayor, más intensa la conciencia de que se debe hacer. Habrá políticos que vivan en una dulce y vaga inconsciencia, hombres que no tengan sentido de la realidad de su patria. Viven los tales en una atmósfera artificial de mundanidad; cerebros de poca substancia, van de una en otra ambición, desvanecidos ó ilusionados. Podrán haber hombres de tal laya en nuestra política; pero lo general es que el ambiente público de ansiedad, de angustia nacional, haya llegado más ó menos á todos. Aun los más livianos y deleznable, en momentos de recogimiento íntimo, de reflexión á solas, es difícil que dejen de comprender que cada día la situación de España adquiere más graves caracteres. El ambiente gana á todos, desde los más perspicaces hasta los más modestos. Sabemos todos desde hace mucho tiempo lo que es preciso hacer para que España se vaya encarrilando por vías de progreso y de bienestar. Lo han repetido, con la más seductora elocuencia, un Costa, un Maura, un Giner, un Salmerón. Se ha dicho y vuelto á decir en millares de discursos, conferencias, folletos, artículos de periódico. Un hombre como don Juan de La Cierva, con valentía á que no ha llegado aquí nadie, ha metido su crítica en lo que en España es intangible, sacrosanto para políticos, periodistas y literatos: las Compañías de ferrocarriles, de la justicia, de la enseñanza, el ejército, la marina, la hacienda, críticas agudas, duras y minuciosas se han hecho en el Parlamento y en la calle. Sabemos todo cuanto tenemos que saber respecto de los males de España. Empapa-

dos, infiltrados de tal conocimiento estamos desde hace tiempo todos...

Y sin embargo, no se hace nada. ¿Por qué no se hace nada? Por la segunda de las frases citadas; porque *se puede hacer todo*. Pero el lector está seguramente interpretando estas palabras en un sentido que no es el que nosotros le damos. *Se puede hacer todo*. Desde 1909, desde hace cuatro ó seis años, esta frase ha adquirido un singular relieve y es la dominante en la política española. Se puede hacer todo; contando con algunos grandes periódicos, con los más conspicuos personajes revolucionarios, no pasará nunca nada. La prensa no hará oposición; los parlamentarios enemigos del régimen, no nos hostilizarán en las Cortes. No será preciso salir del marasmo actual para esforzarnos en un trabajo por el bien nacional. Todo seguirá su curso inalterable. Podrá haber en la política un menoscabo, un deslucimiento, una mengua, un fracaso. Pero dentro de ocho días, ¿quién se acordará de tal cosa? Los periódicos darán todas las mañanas ó todas las noches una grata, dulce impresión de sosiego. En el Parlamento, cuando se levante un fiero orador, y sabremos por adelantado que toda su ardiente peroración va á ser retórica. Acaso, á mayor abundamiento, le veamos minutos después, cruzar el hemiciclo é ir á juntarse en efusivo coloquio con el ministro aporreado. Se puede hacer todo, es decir, se puede no hacer nada, y la vida en España se desliza tranquilamente. Un filósofo moderno ha hablado de las leyes sociales de la imitación. Su teoría tiene en nuestro país, en la política de nuestro país, una realidad angustiadora. Jamás un tal contagio mental había adquirido estas proporciones. Contagio de incredulidad íntima; contagio de la creencia profunda en la inutilidad de todo esfuerzo. ¿Para qué esforzarnos en nada? La vida de España seguirá de todas maneras su curso. Los artículos de fondo de los periódicos nos dan esta seguridad evidente; los revolucionarios, complacientes con el poder, han renunciado á sus ideales...

¡Adios, don Francisco Maciá y Llusá! ¡Adios, hombre bueno, hombre ingenuo, hombre candoroso! Uno de los diputados que han escuchado vuestra despedida, quiere tener la ilusión de que siendo cada día más terribles y apremiadoras las circunstancias por que la patria atraviesa, llegará un momento en que forzosamente, fatalmente sea preciso salir de este marasmo.

AZORIN

Cotidianas

*En vista del esplendoroso y magníficamente tibio día que hizo ayer, sin una nube en el cielo ni una mota de barro en la tierra, di gracias al otoño por su incomparable regalo climático, y en un dos por tres, que según cálculos de mi terrible amigo y formidable matemático Pepito Aguilera son seis, salvo error ó omisión, compuse un poema épico en seis cantos, dos rodados y cuatro por rodar; en honra y gloria de la estación de las Mimis bohémias y de las mamás que por mucho que lo nieguen pasan de los cincuenta. El otoño de la vida.*

*Compuestos los cantos poemáticos con todas las reglas de las artes métrica y poética que pocos días antes me había enseñado á ratos perdidos mi no menos terrible amigo y horaciano vate Miquelín, me compuse lo mejor que pude; y aunque no pude, por más que quise, anudarme la corbata con el primor que la refulgencia del día demandaba, quedé lo bastante compuesto para no descomponerme si por feliz casualidad topaba manos á boca con el picarón de Fly, que todo lo huele, todo lo sabe y todo lo ve.*

*¡Ajá! ¡A dónde irás á tomar unos cuantos rayitos de ese sol otoñal que sin abrasar calienta y sin ofuscar resplandece! Según los higienistas de nota, es mucho más saludable tomar el sol que el aceite de hígado de bacalao, y á tan respetable opinión añade mi tremendo amigo y colosal economista Pepito Aguilera, que son mucho más baratos, pues resultan casi de balde si no hay taptá de por medio, cinco millones de rayos de sol, equivalentes á la mata de pelo de mi amiguita Pipó, que una cucharada de aceite de hígado de bacalao cuya toma es para el ladino Fly un problema algo más difícil que para el gobierno el abaratamiento de las subsistencias.*

*Pero aunque la hermosísima mañana convidaba á dar un pasito por el Parque y llevar de paso unos cuantos bombones de chocolate á la pobrecita y simpática Julia, reflexión que en vez de tomar el sol, única subsistencia barata, haría mejor y más patriótica obra asistiendo en calidad de granito del montón anónimo á la magna asamblea convocada por los señores del monopolio (cuidadito con esa d) con objeto de justificar la lenta pero continua alza de los artículos de consumo, excepto la paciencia del consumidor, que no hay confabulación, artimaña ni monopolio que la consuma.*

*En esa asamblea, celebrada en la vastísima Sala de la Ilusión, capaz de contener á los veinte millones de españoles, menos al melancólico vate Miquelín, que á pesar de su lozana juventud ha perdido las ilusiones, un orador del ramo de droguería por todo lo alto, dijo en voz tan baja como pudo que también bajan algunos artículos de primera necesidad, por ejemplo, el aceite, único que á un tiempo es de comer, beber y arder, por lo que no tienen razón quienes acusan á los intermediarios, cuyo servicio de ponerle el pan y meterle la cuchara en la boca no podrá nunca agradecerle bastante el consumidor.*

*Un concurrente tan ilusorio como la sala en que se celebraba la asamblea pidió primero un panecillo, pues estaba en ayunas, y después la palabra para manifestar su extrañe-*

*za de que bajara el aceite fino y sin embargo subiera el aceite de hígado de bacalao, á lo que replicó el preopinante diciendo que el alza estaba perfectamente justificada, no sólo por los riesgos con que á la navegación amenazan de continuo los submarinos y las minas, tan solicitadas en tierra como rehuidas en mar, sino también por la espantosa huelga de bacalao que á la par de un par de minas, estalló hace algún tiempo en las costas de Islandia, Escocia y Terranova, porque los bacalao, mucho más sensatos que los hombres, resolvieron unánimemente no consentir que les siguieran sacando los gados por la boca.*

*En cuanto el astuto Fly se enteró de la huelga de bacalao, se le encendieron los ojos como sabe encenderlos cuando le pasa por la rabadilla, y loco de contento se fué á un centro de específicos y compró un frasco de jarabe de berzas estroscientes á base de torneaduras de hierro, mucho más agradables de tomar que el aceite de hígado de bacalao y el sol de otoño en días como el domingo.*

ALFÉNIQUE

DEL MOMENTO PRESENTE

Preveamos y proveamos

I

Una de las cuestiones que la situación política de Grecia plantea en estos días, es la antigua cuestión de la superioridad del poderío naval sobre el poderío terrestre ó viceversa. En nuestra infancia oíamos hablar mucho, refiriéndose á un probable choque entre Inglaterra y Rusia, del combate entre el elefante y la ballena. Posteriormente pareció haberse resuelto el problema: la superioridad del poderío naval estaba demostrada; pero hoy vuelve á resucitar la cuestión.

Pocas veces se habrá presentado un caso tan típico y tan completo como la actual situación de Grecia en relación con los dos poderíos: el marítimo y el terrestre. Grecia, formada por gran número de islas y por una península de extensísimo litoral, quebrado por multitud de bahías y golfos, algunos profundísimos, se encuentra entre los dos poderes: entre Inglaterra dueña del mar y Alemania señora de la tierra; entre la amenaza del bloqueo marítimo, del bombardeo del litoral y la ocupación de algunas islas, y la amenaza de la invasión. Hasta el momento en que escribimos estas líneas, Grecia no se ha resuelto á unir su suerte ni con la gran potencia naval ni con la gran potencia militar. Cuando estas líneas se publiquen quizá se haya resuelto, pero es probable que haga lo posible por mantenerse neutral, aunque es dudoso que lo consiga. Es también posible que los beligerantes mismos, á fin de crearse nuevas enemistades, nunca apetecibles y menos ahora, faciliten la labor de esa misma neutralidad; pero sea cual fuere la actitud de Grecia, el problema á que nos referimos está ya planteado y aunque por ahora no se resuelva, algunas consecuencias se pueden sacar de él.

La actitud de Grecia en esta ocasión es perfectamente lógica. Para los que juzgan que la gobernación de los Estados debe regirse por los dictados de una conciencia y unos sentimentalismos que no han existido jamás, Grecia comete una mala acción. La prensa de la Cuádruple Inteligencia acusa al rey Constantino de hacer la política de su cuñado el Kaiser y de haber faltado á las promesas que Grecia, por boca de Venizelos, hizo á los aliados. La prensa citada está, indudablemente, en un error. El rey de Grecia sentirá por el Kaiser un gran afecto personal y probablemente admiración profunda; pero el pueblo griego no tiene nada que ver con los sentimientos personales de su soberano, y para éste, como para el pueblo, los intereses de la nación están por encima de todo. Según lo que hemos leído nosotros en los mismos periódicos de la Cuádruple Inteligencia, el pueblo griego quiere paz, y el rey sigue en este punto los deseos de su pueblo.

Si éste hubiese querido ayudar á las razones de la Entente, un levantamiento general, una manifestación unánime se hubiera verificado al desembarcar en Salónica las tropas anglo-francesas. Los corresponsales de esa misma prensa han sido testigos, y lo han manifestado en sus crónicas, de la indiferencia con que el pueblo griego acogió ese desembarco, así como la dimisión de Venizelos y la disolución de la Cámara donde tenía mayoría este gran amigo de la Cuádruple Inteligencia. Varios importantes periódicos ingleses, franceses y especialmente italianos, han tratado por este motivo de traidor y desleal al pueblo griego y han insinuado terribles amenazas: á su decir, una poderosa escuadra anglo-italiana estaba en Malta preparada y con las calderas encendidas para ir adonde hiciera falta, en apoyo de las gestiones de Denys-Cochin y lord Kitchener.

Pero Grecia no se resuelve ni á sumarse con los alemanes ni á ir contra ellos, por la sencilla razón de que si en Malta hay esa escuadra, hacia la frontera helénica baja como una oleada el ejército invasor de Serbia; y entre una escuadra que puede ocupar islas, bloquear la península y bombardear las ciudades del litoral, y un ejército que puede hacer en Grecia lo que

acaba de hacer en Serbia ó hizo en Bélgica, sin que las escuadras inglesas pudieran impedirlo, es difícil la elección, cuando la elección fuera posible. Pero cuando se trata de una nación que no cuenta con grandes recursos para la resistencia y se ve obligada irremisiblemente á escoger, después de las duras lecciones en que la guerra actual ha sido tan pródiga, se acogerá sin disputa á la unión con el beligerante que, pudiendo invadirla, posea la superioridad terrestre. Los cañones de los buques pueden dejar caer pocas ó muchas granadas hasta unos pocos kilómetros tierra adentro; pero los cañones de campaña llegan á todas partes y además llega con ellos el fusil, que es el que consolida los estragos de la artillería. De modo que en muchos casos entre un enemigo preponderante en el mar y un enemigo preponderante en la tierra, es más terrible éste que aquél: el primero puede molestar, el segundo puede sojuzgar.

Por lo tanto, no es siempre exacta la afirmación de que el que domine en el mar dominará en la tierra. Si el que predomina en la tierra es tan poderoso en ella como lo sea el que predomina en el mar, es preferible para una nación continental tener por amigo al prepotente en tierra, que al poderoso en el mar. Inglaterra, aun con la ayuda de Francia—poderosa en tierra aunque no en el grado que Alemania—no ha podido evitar no solo la conquista de Serbia, que no tiene litoral, sino que no pudo evitar la de Bélgica, nación ribereña y situada á sus mismas puertas, ni podría evitar la de toda la península helénica, algo mayor y más importante que todas las islas griegas. Verdad es que Grecia, sirviendo de base á los ejércitos (los ejércitos, además de las escuadras) de Inglaterra, Francia é Italia y unidos á ellos el suyo, podría ofrecer una magnífica resistencia contra Alemania y sus aliados; pero la falta de cálculo, confesada por los mismos políticos ingleses, ó quizá la relativa debilidad militar de la Cuádruple Inteligencia, no ofrecen á Grecia garantía suficiente; y en cambio Grecia, unida á los imperios centrales, Bulgaria y Turquía, puede rechazar los desembarcos de los aliados, hacer pagar caro su bloqueo marítimo y aunque no evitar que se apoderen de algunas islas, cobrarse en territorios serbios y albaneses, tan codiciados por Grecia.

Véase cómo no es posible sentar principios tan absolutos como el del dominio de la tierra por medio del dominio del mar. Lo que sí puede afirmarse es que en igualdad de poderío militar la nación que domine el mar será la vencedora ó tendrá mayores probabilidades de vencer; pero cuando ese poderío está muy desequilibrado, las grandes ventajas del poderío naval quedan muy mermadas, como se ha demostrado en el curso de la presente conflagración. Se han intentado algunos bombardeos en la costa belga, en los cuales habrá probablemente importado más el gasto de municiones y de averías en los buques que el daño causado al enemigo; se bombardeó sin éxito á Cattaro, lo mismo que los fuertes de los Dardanelos, los puertos de Lagos y Dedeagatch en el Egeo y los de Varna y Batum en el mar Negro; los austriacos bombardearon varias ciudades italianas del litoral y los alemanes hicieron lo mismo en el Báltico y en el mar del Norte contra la misma Inglaterra. Pero la verdadera eficacia militar de éstos, que podríamos llamar desahores, no se ha notado en ninguna parte, porque en ninguna parte, salvo en Galípoli han podido efectuarse desembarcos y ese mismo desembarco de Galípoli, por no haber sido sostenido por suficientes fuerzas terrestres, lleva trazas de constituir un fracaso.

Con los modernos medios de defensa de costas, que en parte son también navales, la superioridad ha quedado muy reducida. La prueba más clara se ha dado, no ya en los Dardanelos, donde la angustura del paso facilita la defensa, sino en pleno mar Adriático. Las escuadras franco-inglesas, primero, y luego la italiana, tan superiores todas á las austro-húngaras, han tenido que contentarse con bloquear desde lejos el extensísimo litoral y las innumerables islas que lo bordean. Sólo en una de escasa importancia pusieron pie los italianos y tuvieron que reembarcar, y los buques que esas acciones navales han costado á los bloqueadores representan pérdidas de gran consideración. Ni aun Inglaterra misma, con su inmenso poderío, ha podido estrechar el bloqueo de las costas alemanas, no ya del Báltico, sino del mar del Norte. Ha tenido que mantenerlo, aprovechando su excepcionalísima situación, con el cierre del paso de Calais y el espacio que media entre el Norte de Escocia y las costas de Noruega, á muchos centenares de millas de la costa bloqueada, y sin efecto, por lo tanto, para impedir que el comercio marítimo alemán continuara con Dinamarca, con Holanda, con Suecia y hasta con Noruega. El otro sistema, el del bloqueo estrecho, costó en un solo día á Inglaterra la pérdida de tres grandes cruceros con la de casi todos sus tripulantes.

No significa esto que la eficacia de la flota sea mala ó escasa, pero sí prueba que no es omnipotente, que no llega más allá de sus naturales límites. El poder na-